

## LA ÍNSULA BARATARIA. FILOSOFÍA POLÍTICA EN EL QUIJOTE

---

José J. Sanmartín\*

### RESUMEN

Este artículo explora la filosofía política que Cervantes transmitió en *El Quijote* donde, además de una crítica latente al poder constituido, también se expresaba una seria advertencia contra el egoísmo creciente de la sociedad. La ética aparece como principio rector de la vida privada y de la actuación pública.

### PALABRAS CLAVE

Quijote. España. Barroco. Poder. Ética.

### ABSTRACT

This article explores the political philosophy's deep commitment made by Cervantes in *Don Quixote*. In addition to make a subtle criticism on government and political power, the author –and his characters- also criticised the growing social egotism. Ethics appear as first principle both in private life and public behaviour.

### KEY-WORDS

Quixote. Spain. Baroque. Power. Ethics.

### INTRODUCCIÓN

El estudio de la filosofía política contenida en una obra de la densidad, y complejidad, de *El Quijote*, es una tarea susceptible de interpretaciones poliédricas, y no siempre concluyentes. Sin embargo, ello debiera considerarse como un beneficio

---

\*Profesor de Ciencia Política y de la Administración de la Universidad de Alicante y miembro de la ACMS

—uno más- derivado de la riqueza intelectual que aporta la obra de Miguel de Cervantes. Excelentes monografías hay que, como Osterc, han tratado el tema<sup>1</sup>. Distinguidos eruditos estudiaron de forma nuclear o complementaria el papel que las ideas políticas juegan en las aventuras del ingenioso hidalgo y su escudero. Las contribuciones de Américo Castro, Luis Rosales o Azorín, entre otras, trascienden el ámbito temático singular para adquirir valor de obra cultural.

Con todo, y esa es la línea central aquí expuesta, don Quijote y su escudero también son una metáfora de la Verdad revelada hecha carne, en la medida que ambos representan el advenimiento de la auténtica fe a un mundo que, formalmente, está preparado y ansioso de darle cumplimento<sup>2</sup>. La locura de Alonso Quijano es la de sus vecinos y compatriotas, amigos y contemporáneos; la creencia quijotesca de que la sociedad necesita ayuda, consuelo y alivio se arraiga en la convicción moral de que sus males proceden de una enfermedad artificialmente adquirida y alimentada. La solución depende del propio esfuerzo, de la capacidad de trabajo, de la voluntad para contribuir a favor de la mayoría.

“Si tomas por medio a la virtud y te precias de hacer hechos virtuosos, no hay para qué tener envidia a los que padres y agüelos tienen príncipes y señores, porque la sangre se hereda y la virtud se aquista, y la virtud vale por sí sola lo que la sangre no vale”<sup>3</sup> ...

De ahí, las terribles decepciones, los brutales desengaños, los principios traicionados —una vez y otra también- a causa de la hipocresía social, la falta de caridad cristiana y, abiertamente o con simulación, la frivolidad, incluso la amoralidad; de ahí también los esfuerzos sobrehumanos que don Quijote debe emprender para sobreponerse a tanta miseria moral. La realidad está muy lejos de los Diez Mandamientos y de la fraternidad cristiana; la solidaridad, ausente. El amor es un vacío empíricamente constatable. Además de nutrir su pensamiento de cierto erasmismo, Cervantes también refleja una clara influencia por parte de la Reforma católica. A efectos de filosofía católica, *El Quijote* es una obra con una fuerte impronta contrarreformista; dicho sea esto en sus elementos más positivos. La regeneración de la sociedad política cristiana, la búsqueda de la pureza, la conciliación entre mundo material, naturaleza y misticismo, son —entre otros- hechos visibles a las dos partes de *El Quijote*, además de una sincera y profunda religiosidad que no debe ser minusvalorada como sustento primero del pensamiento político de Cervantes.

## 1. LA BÚSQUEDA DE LA AUTENTICIDAD

En materia de sentimientos, don Quijote demuestra perspicaz sentido de la realidad, alejado del pretendido encantamiento que atenaza su buen juicio para discernir adecuadamente. Señalemos la naturaleza pragmática, sobriamente analítica, de que el hidalgo manchego tiñe sus elevadas ideas y heroicas metas. A

una crítica formulada por Sancho respecto a la falta de alcurnia de Dulcinea, repuso su señor contestación en términos asaz lúcidos como contundentes. De entrada, Cervantes estableció la respuesta del hidalgo manchego con una frase lapidaria que marca las diferencias sociales y, sobre todo, las categorías morales. Un universo de vivencias que motivan y rebajan la memoria colectiva, el impulso creador. Dios está en cada uno de nosotros, pero en la medida que seamos dignos de acogerlo, de sentirlo, de vivirlo.

“Ya te tengo dicho antes de agora muchas veces, Sancho -dijo don Quijote-, que eres muy grande hablador y que, aunque de ingenio boto, muchas veces despuntas de agudo; mas para veas cuán necio eres tú y cuán discreto soy yo, quiero que me oyas un breve cuento”<sup>74</sup>.

Inmediatamente después, don Quijote narra la historia de una viuda “hermosa, moza, libre y rica” que se enamoró de un pretendiente que -en opinión de terceros- era “tan soez, tan bajo y tan idiota”. Y concluye la historia don Quijote en un tono de mitigada zafiedad:

“Mas ella le respondió con mucho donaire y desenvoltura: “Vuestra merced, señor mío, está muy engañado y piensa muy a lo antiguo, si piensa que yo he escogido mal en fulano por idiota que le parece; pues par lo que yo le quiero, tanta filosofía sabe y más que Aristóteles”. Así que, Sancho, por lo que yo quiero a Dulcinea del Toboso, tanto vale como la más alta princesa de la tierra. Sí, que no todos los poetas que alaban damas debajo de un nombre que ellos a su albedrío les ponen, es verdad que las tienen”<sup>75</sup>.

El carácter grotesco de los duques, que infringen dolorosas humillaciones tanto a los personajes como a los lectores, todos igualmente protagonistas de *El Quijote*, muestra la pérdida de moralidad entre aquellos que debieran dar ejemplo. A ojos de Cervantes, no existe separación radical entre el ejercicio de moralidad pública y el comportamiento privado; de faltar el sentido ético en nuestra vida particular, resultaría imposible ser un correcto servidor público. Los duques son la imagen distorsionada de una España en decadencia, cuya elite es consciente de sus males y de su propia desidia. Semejante desplome de la clase gobernante es, para Cervantes, causa y consecuencia del incipiente declive de la sociedad española, que es básicamente de orden moral. Ética pública. La queja, la amargura que destila el autor, estaba fundada en la desatención a las obligaciones intrínsecas que requiere el ejercicio del poder político. Esa minoría dirigente parece ahora volcada al disfrute de un status ganado por generaciones anteriores, antes que a practicar las responsabilidades inherentes a su posición.

Escarmentado en carne propia del precio a pagar para participar en el banquete del poder, Sancho declara que “el retirar no es huir, ni el esperar es cordura, cuando el peligro sobrepuja a la esperanza, y de sabios es guardarse hoy para mañana y no aventurarse todo en un día. Y sepa que, aunque zafio y villano, todavía se me alcanza algo desto que llaman buen gobierno”<sup>76</sup>.

El repliegue de la aristocracia, de las instituciones, de la sociedad bienpensante, es para Cervantes una amenaza segura para el desarrollo del país; es preciso avanzar, y el progreso de una sociedad necesita de un liderazgo gradualista y generoso. España lo está perdiendo. Aquellos que disponen de los medios –culturales y materiales- para ejercer el buen gobierno, tienen la obligación –ineludible, inderogable- de asumir sus responsabilidades ante el conjunto de la sociedad política. Felipe II y su augusto padre ya son referencias históricas a principios del siglo XVII. Su obra parece dilapidarse en egoístas luchas de poder. Validos, nobles, cortesanos... El gobierno como concepto sufre un deterioro, lento pero irreversible. Para ejercer el poder con sabiduría se requieren también recursos morales. La ética es la primera fuente de legitimidad política. Cervantes lo advierte a través tanto del epicureísmo de Sancho como de la espiritualidad de don Quijote. En un momento dado, el flamante gobernador Panza declara con solemnidad su programa de acción que compendia la utilidad y el servicio como elementos clave:

“Es mi intención limpiar esta ínsula de todo género de inmundicia y de gente vagamunda, holgazanes y mal entretenida. Porque quiero que sepáis, amigos, que la gente baldía y perezosa es en la república lo mismo que los zánganos en las colmenas, que se comen la miel que las trabajadoras abejas hacen. Pienso favorecer a los labradores, guardar las preeminencias a los hidalgos, premiar a los virtuosos y, sobre todo, tener respeto a la religión y a la honra de los religiosos”<sup>77</sup>.

Las diferencias que aparecen en la ejecutoria -y pensamiento político- de los dos personajes principales obedece a una ubicua necesidad autoral. Don Quijote y Sancho Panza son complementarios en sus ideas, expectativas y medios; no ha lugar a la contradicción –existencial o de otro tipo- entre ellos. Ambos se necesitan más que se repelen; y lo saben. Los choques, las disparidades, las discusiones, como la reclamación salarial que formula Sancho –hábilmente desarticulada por su señor-, son rasgos propios de una relación basada en una búsqueda compartida. Dignidad. La consecución de la excelencia, de la bondad, de la solidaridad, son metas incorporadas a la psicología política de Sancho y don Quijote. Partes de un todo, órganos del mismo gobierno. Debate, acuerdo. La teología medieval adaptada a los imperativos de la época.

“Cuando la cabeza duele, todos los miembros duelen; y así, siendo yo tu amo y señor, soy tu cabeza, y tú mi parte, pues eres mi criado; y por esta razón el mal que a mí me toca, o tocarte, a ti te ha de doler, y a mí el tuyo”<sup>78</sup>.

## **2. LA EDUCACIÓN DE LA NATURALEZA HUMANA**

La labor educadora de don Quijote aparece claramente expuesta en los consejos que imparte a Sancho con motivo de su inminente nombramiento como gobernador de la ínsula Barataria. La España ideal intenta moldear a la España real. La pugna entre la verdad de lo que es y la necesidad de lo que debe ser.

“Dejando esto del gobierno en las manos de Dios, que me eche a las partes donde más de mí se sirva, digo, señor bachiller Sansón Carrasco, que infinitamente me ha dado gusto que el autor de la historia haya hablado de mí de manera que no enfadan las cosas que de mí se cuentan: que a fe de buen escudero que si hubiera dicho de mí cosas que no fueran muy de cristiano viejo, como soy, que nos había de oír los sordos”<sup>9</sup>.

En las dos series de consejos que Don Quijote da a su escudero, Castro descartó la influencia directa del *Diálogo de Mercurio y Carón*, de Valdés, para apoyar una posible conexión intelectual con Isócrates, cuya obra *Parénesis o exhortación a la virtud*, el propio estudioso español confrontó con tramos del Quijote. El deseo de moralización de la vida pública es un elemento definitorio, que no exclusivo, en las advertencias a Sancho. En este punto, Castro subrayaba el carácter humanista de Cervantes. La naturaleza renacentista de *El Quijote* queda demostrada, junto a otros hechos, en el concepto de honra ejercitado en la novela. No obstante lo anterior, conviene subrayar la adscripción contrarreformista de la obra. El desarrollo espiritual y la regeneración moral que propalaba la Restauración católica, antes y después del Concilio de Trento, son hechos palmariamente visibles en las páginas de *El Quijote*.

Su estancia en Italia dejó a Cervantes un fuerte sentido del deber; el Renacimiento italianizante está tamizado por una firmes convicciones católicas – aun con rasgos erasmistas- en una época de guerra de religiones. A causa de esa misma sinceridad religiosa, Cervantes se manifiesta como partidario del ecumenismo o, al menos, del diálogo entre confesiones, de la solidaridad entre creyentes. Su experiencia como esclavo en Argel, además de sus problemas con la justicia en España, le dejó una honda sensibilidad para captar y comprender los males del alma humana. El pensamiento político de Cervantes es vocacionalmente cristiano. El fin no justifica los medios, y menos cuando ello comporta sacrificios inasumibles o rupturas emocionales.

“La doctrina del honor cervantino no es sino un aspecto de su moral. Siendo ésta autónoma e immanente, también lo será el concepto de la dignidad del hombre, que no pende de circunstancias externas (fama, opinión, galardones), sino de la intimidad de la virtud individual. El honor es atributo de la virtud; pero ésta existe y vale, no obstante la actitud que los demás observen”<sup>10</sup>.

Las apelaciones de Sancho a su condición de cristiano viejo, procede tanto de su ansia de reivindicarse ante la mentalidad local en base a un valor pretendidamente favorable, como a un esfuerzo primigenio de racionalidad. El misticismo que, durante largos periodos, parece sumir a su señor don Quijote en las brumas de la melancolía o en las cumbres de la ira, es un fenómeno menos transitado en la ejecutoria del escudero. Éste vive toda experiencia sensorial como una conquista personal, en tanto le permite verificar, comprobar, el estado de las cosas.

Al hacer defensa de su estatuto social, su linaje religioso, en cuanto a la limpieza de sangre, Sancho se arraiga a un entorno cultural, comparte valores, identifica prioridades. Todo ello resulta impracticable en la mentalidad quijotesca, donde se plantean los debates como luchas, y las diferencias en envites de “todo o nada”. El fluctuante posibilismo del escudero choca con la mentalidad más severa, casi rígida, del hidalgo, quien tiene dificultades para integrarse en esa sociedad que le ha vomitado de sus entrañas. Paradójicamente, ambos están cortados por cierto pragmatismo.

Quijano sólo cambia de objetivos, de propósitos, cuando la empresa se antoja inviable, la presión resulta insoportable o su salud es mejorable; Sancho, por el contrario, se muestra tozudo en una obsesiva prosecución de la gobernaduría de una ínsula. En tanto ésta no adviene, el escudero persiste en la consecución de su finalidad que, postreramente, llega de la mano –frívola, hiriente, hipócrita- de los duques. Una vez hastiado de su etapa como gobernador, Sancho se reconcilia consigo mismo y con la naturaleza. La utopía –motivo recurrente y búsqueda insaciable- está en cada persona, dentro de sí. La verdadera –y única- libertad reside en la moral. Finalmente, Sancho Panza descubre su meta, y lo hace recorriendo un camino de autenticidad, recuperando su vida y su libertad como lo que es: un derecho inalienable. Conciencia y libre albedrío.

“Más quiero recostarme a la sombra de una encina en el verano y arroparme con un zamarro de los pelos en el invierno, en mi libertad, que acostarme con la sujeción del gobierno entre sábanas de holanda y vestirme de mantas cebollinas. Vuestras mercedes se queden con Dios y digan al duque mi señor que desnudo nací, desnudo me hallo: ni pierdo ni gano; quiero decir que sin blanca entré en este gobierno y sin ella salgo, bien al revés de cómo suelen salir los gobiernos de otras ínsulas”<sup>11</sup>.

De alguna forma, el súbdito de Su Majestad que es don Alonso Quijano señala acusadoramente con su lanza –remedo de pasión justiciera- hacia una sociedad que tacha de enajenación mental la pretensión quijotesca de hacer realidad lo que establece la ideología oficial. Con sus andanzas, el renacido hidalgo suple las insuficiencias morales de quienes disponen de recursos y deberes para cumplir su cometido. Las ideas que jalonan el recorrido social y político que es *Don Quijote* aparecen y desaparecen según el momento narrativo y el interés filosófico. Una sociedad sin exclusiones por origen confesional o cultural, la propuesta de desatender aquello que separe a la persona de su recta felicidad espiritual y material, son manifestaciones meritocráticas basadas en la idea cristiana de servir, compartir.

“¡Qué de milagros falsos fingen en ellas, qué de cosas apócrifas y mal entendidas, atribuyendo a un santo los milagros de otro! Y aun en las humanas se atreven a hacer milagros, sin más respeto ni consideración que parecerles que allí estará bien el tal milagro y apariencia, como ellos llaman, para que gente ignorante se admire y venga a la comedia. Que todo esto es en perjuicio de la verdad y en menoscabo de las historias, y aun en oprobio de los ingenios españoles, porque los

extranjeros, que con mucha puntualidad guardan las leyes de la comedia, nos tienen por bárbaros e ignorantes, viendo los absurdos y disparates de las que hacemos. Y no sería bastante disculpa de esto decir que el principal intento que las repúblicas bien ordenadas tienen permitiendo que se hagan públicas comedias es para entretener la comunidad de alguna honesta recreación y divertirla a veces de los malos humores que suele engendrar la ociosidad, y que pues éste se consigue con cualquier comedia, buena o mala, no hay para qué poner leyes, ni estrechar a los que las componen y representan a que las hagan como debían hacerse, pues, como he dicho, con cualquiera se consigue lo que con ellas se pretende<sup>12</sup>.

La sagacidad de Sancho queda bloqueada ante la jerarquía social. Lisa y llanamente, no puede asumir una ruptura, un avance súbito en esa estructura que, hasta el momento, le ha sido hostil. El escudero aplica la teoría política moderna para justificar –y legitimar– el poder constituido en tanto emanación del derecho divino. De ahí el valor del juramento; la palabra dada poniendo a Dios por testigo o partícipe. “De donde se podía colegir que los que gobiernan, aunque sean unos tontos, tal vez los encamina Dios en sus juicios<sup>13</sup>”.

Cabe insistir sobre la complementariedad que se da entre don Quijote y su escudero. Racionalidad y religiosidad. Tanto Sancho Panza como su señor manifiestan ambos elementos, aun en distinta asignación. La aversión de Sancho hacia el pensamiento alambicadamente elaborado estalla en un acceso de iracundia: “No sé esas filosofías –respondió Sancho Panza–, más sólo sé que tan presto tuviese yo el condado como sabría regirle, que tanta alma tengo yo como otro, y tanto cuerpo como el que más, y tan rey sería yo de mi estado como cada uno del suyo: y siéndolo, haría lo que quisiese; y haciendo lo que quisiese, haría mi gusto; y haciendo mi gusto, estaría contento; y en estando uno contento, no tiene más que desear; y no teniendo más que desear, acabose, y el estado venga, y a Dios y veámonos, como dijo un ciego a otro<sup>14</sup>”.

### 3. FE Y RAZÓN

Don Quijote representa a un verdadero creyente en una sociedad trufada de hipocresía y superstición. El hidalgo manchego practica las virtudes que otros sólo predicán. Y esta es una diferencia esencial: el caballero Alonso Quijano cree en la virtud, cuando la mayoría social ya sólo lo hace en ciertos valores, sentimientos y rituales. El tránsito de la virtud cívica a los valores sociales, marca la pérdida de la ética política cuyo lamento postrero viene expresado en las páginas de *El Quijote*. “Los varones prudentes, las repúblicas bien concertadas, por cuatro cosas han de tomar las armas y desenvainar las espadas y poner a riesgo sus personas, vidas y haciendas: la primera, por defender la fe católica; la segunda, por defender su vida, que es de ley natural y divina; la tercera, en defensa de su honra, de su familia y hacienda; la cuarta, en servicio de su rey en la guerra justa; y si le quisiéremos

añadir la quinta, que se puede contar por segunda, es en defensa de su patria. A estas cinco causas, como capitales, se pueden agregar algunas otras que sean justas y razonables y que obliguen a tomar las armas, pero tomarlas por niñerías y por cosas que antes son de risa y pasatiempo que de afrenta, parece que quien las toma carece de todo razonable discurso; cuanto más que el tomar venganza injusta, que justa no puede haber alguna que lo sea, va derechamente contra la santa ley que profesamos, en la cual se nos manda que hagamos bien a nuestros enemigos y que amemos a los que nos aborrecen, mandamiento que aunque parece algo dificultoso de cumplir, no lo es sino para aquellos que tienen menos Dios que del mundo y más de carne que de espíritu; porque Jesucristo, Dios y hombre verdadero, que nunca mintió, ni pudo ni puede mentir, siendo legislador nuestro, dijo que su yugo era suave y su carga liviana, y, así, no nos había de mandar cosa que fuese imposible el cumplirla. Así que, mis señores, vuestras mercedes están obligados por leyes divinas y humanas a sosegar<sup>15</sup>.

Las aventuras que jalonan esa triste y cómica letanía de realidades y ficciones, objetivos y sueños, expresan la búsqueda infructuosa de un pasado que nunca fue. La quimérica recuperación de un paraíso perdido sólo añorado por aquellos que sienten su propia orfandad -política, mística, ética-. Don Quijote es la conciencia crítica de una sociedad puritana e impura, a un tiempo. Un espacio, un lugar, donde los vicios se transmiten, se heredan, se apolillan. Los héroes cervantinos salen en pos de la redención de una comunidad que vive en el pecado social. “Los hijos, señor, son pedazos de las entrañas de sus padres, y, así, se han de querer, o buenos o malos que sean, como se quieren las almas que nos dan vida. A los padres toca el encaminarlos desde pequeños por los pasos de la virtud, de la buena crianza y de las buenas y cristianas costumbres, para que cuando grandes sean báculo de la vejez de sus padres y gloria de su posteridad; y en lo de forzarles que estudien esta o aquella ciencia, no lo tengo por acertado”<sup>16</sup>.

La figura del narrador se distancia y acopla a los personajes según evolucione el decurso de la historia. Un devenir mítico y grandilocuente, pero también capaz de conmover hasta la ternura, suscitar complicidad, incitar a la solidaridad o, lisa y llanamente, provocar la carcajada; he aquí el universo ideológico por el que discurren las hazañas y errores de don Quijote. En lo bueno y en lo malo, la figura proteica del héroe abandonado, que no solitario, destruido, que no roto, mantiene la coherencia –y la ilusión- de una fe intacta en lo trascendente, más allá de las miserias que asolan al mundo material. *El Quijote* es un camino de redención, donde el caballero y su escudero intentan la cura terapéutica de una sociedad ya enferma, ya marchita. Quijano toma el pulso a esa España dolorida, casi doliente, pues él realmente vive según sus creencias. El desdoblamiento de personalidad que vertebrata la obra –y la vida- de Alonso/Don Quijote es idéntico a la disfunción entre erasmismo empírico e idealismo católico. La Contrarreforma como sustento ideológico<sup>17</sup>.



“Y no penséis, señor, que yo llamo aquí vulgo solamente a la gente plebeya y humilde, que todo aquel que no sabe, aunque sea señor y príncipe, puede y debe entrar en número de vulgo. Y, así, el que con los requisitos que he dicho tratarse y tuviere a la poesía, será famoso y estimado su nombre en todas las naciones políticas del mundo”<sup>18</sup>.

Además de platonismo, también Aristóteles halla lugar en *Don Quijote*; cuando éste expone la teoría del término medio, Cervantes recurre a un presupuesto filosófico reciamente aristotélico. La búsqueda del equilibrio, la correcta ubicación de ese punto de conexión entre posiciones en conflicto que permite así alcanzar la resolución a problemas aparentemente irreversibles.

“Sé padre de las virtudes y padrastro de los vicios. No seas siempre riguroso, ni siempre blando, y escoge el medio entre estos dos extremos, que en esto está el punto de la discreción”<sup>19</sup>.

El arraigado sentimiento católico se manifiesta tanto en Sancho como en su señor; sin embargo, cada uno de ellos expresa una percepción, una sensibilidad distinta a la hora de afrontar el hecho religioso. Don Quijote vive la espiritualidad de una forma aparentemente más íntima que su escudero, aunque no por ello menos realista. Panza, por su parte, siente el catolicismo romano como fundamento de su comportamiento social –y, por tanto, de su consiguiente ascenso en la rígida jerarquía de la época-. Alonso Quijano no requiere de semejante elevación porque ya de por sí se siente mejorado en su condición moral –y, por extensión, en el ámbito social- debido a su contribución a la causa de la justicia.

Y ambos, al unísono, se expresan como creyentes nada heterodoxos, como fieles acogidos en el seno de la misma religión e Iglesia; aun con matices, aun con modulaciones. Panza y Quijano, las personas, los cristianos, actúan como siervos de Dios que practican y sienten la misma fe. La introspección quijotesca –entre mística e intelectual- desborda la emoción rústica y sincera de Sancho, que vive la experiencia trascendente como una consolidación en su progreso personal. En su etapa más agresiva, preso de la ansiedad y apetito de poder, Panza manifiesta con gestos de urgencia su voluntad de que el paraíso sea realizado con inmediatez; aquí y ahora. Los cambios, las transformaciones, deben llevarse a cabo en este mundo nuestro, donde se implantará el reino de Dios en toda su gloria y majestad. En palabras de Cardenio, “la fuerza de la imaginación de mis desgracias es tan intensa y puede tanto en mi perdición, que, sin que yo pueda ser parte a estorbarlo, vengo a quedar como piedra, falto de todo buen sentido y conocimiento; y vengo a caer en la cuenta desta verdad cuando algunos me dicen y muestran señales de las cosas que he hecho”<sup>20</sup>.

## CONCLUSIONES

Don Quijote busca que el mundo le descubra; su escudero, descubrir el mundo. El ansía de reconocimiento es una manifestación de la finalidad redentora

que tienen las aventuras emprendidas por esta trinidad ambulante: Don Quijote, Sancho y el sueño, esa misión que les impulsa, una vez y otra también, a retomar el camino. Al fin, cada uno se encuentra consigo mismo. Y con ellos, las frustraciones e ilusiones de un país político desencantado, que se mueve más por inercia que por energía. Así, a la pregunta de Ricote, “¿y qué has ganado en el gobierno?”, Sancho Panza repone, “He ganado [...] el haber conocido que no soy bueno para gobernar, si no es un ható de ganado, y que las riquezas que se ganan en los tales gobiernos son a costa de perder el descanso y el sueño, y aun el sustento”<sup>21</sup>.

El sentido del deber que propala don Quijote se manifiesta como una obligación de ineludible cumplimiento, pues se trata de atender necesidades de orden material –elevada a categoría moral-, que obedece también a una ley natural. El hidalgo castellano expresa la idea de que existe una norma trascendente -superior a cualquier disposición hecha por la mano del hombre- que a todos compele, en cualquier momento y lugar.

“Porque vean vuestras mercedes cuán de importancia es haber caballeros andantes en el mundo, que desfagan los tuertos y agravios que en él se hacen por los insolentes y malos hombres que en él viven, sepan vuestras mercedes que los días pasados, pasando yo por un bosque, oí unos gritos y unas voces muy lastimosas, como de persona afligida y menesterosa. Acudí luego, llevado de mi obligación, hacia la parte donde me pareció que las lamentables voces sonaban”<sup>22</sup>.

Y Cervantes, ¿era más Sancho que Quijote?, ¿a la inversa? Ambos a un mismo tiempo. El propio Castro aportó un sutil análisis al respecto:

“Corrige la ideología entusiasta basada en la espontaneidad natural y vital, no obstante atraerle con violencia esos principios naturalistas; la ideología opuesta, basada en razonamientos generalizadores, le interesa también no menos profundamente. En la moral humanista este dualismo puede rotularse con alternativo título: estoicismo razonador o naturalismo sensualista. El “deber ser” que Don Quijote ha sacado de un arsenal de razonamientos está frente al “es así” que Sancho intuye mediante la impresión de sus sentidos. La respuesta de Cervantes, en lo que atañe a la moral, creo que es ésta: ambas posiciones son legítimas, con tal que ponderemos y limitemos su zona de acción; es posible una suprema y muy grave armonía”<sup>23</sup>.

A las invectivas e insultos que la ama y sobrina de don Quijote lanzan contra Sancho, al comienzo de la segunda parte, acusándole de ser “el que destrae y sonsaca a mi señor y le lleva por esos andurriales”<sup>24</sup>, contesta el propio escudero, al otro lado de la puerta que las dos mujeres no le franquean, con un reconocimiento explícito de empirismo político:

“Ama de Satanás, el sonsacado y el distraído y el llevado por esos andurriales soy yo, que no tu amo: él me llevó por esos mundos, y vosotras os engañáis en la mitad del justo precio; él me sacó de mi casa con engañifas, prometiéndome una ínsula que hasta agora la espero”<sup>25</sup>.

Cervantes denunció la arbitrariedad del poder. Su fe en la justicia de Dios es inversamente proporcional a la que tiene en el sentido de la equidad que aplica la sociedad política. El profundo sentimiento religioso que representan don Quijote y Sancho Panza son concomitantes y divergentes a un tiempo. Cada uno representa una visión distinta del mito de la caverna de Platón. Si el escudero puede atisbar las sombras de las figuras que pasan por la entrada cavernaria, su señor don Quijote es capaz de sentirlas, interpretarlas, antes incluso que verlas. El pensamiento que destila *El Quijote* tiene vocación aristotélica, aun manteniendo una configuración platónica. Cervantes plantea el recorrido iniciático del caballero andante como un desdoblamiento entre la realidad política y el ideal místico. Dos mundos y una sola verdad. La vida, la persona.

## NOTAS

<sup>1</sup> OSTERC, L., (1988): *El pensamiento social y político del "Quijote"*, UNAM, México.

<sup>2</sup> Orozco analizó las diferencias de religiosidad que se dan en las dos partes de *El Quijote*. El último Cervantes manifestaba "una religiosidad exaltada, muy distinta a la que se nos ofrece en el Quijote de 1605, donde se impone una religiosidad interior en sentido evangélico -de fondo erasmista- poco atenta a prácticas exteriores y devociones y en cambio no exenta -al referirse a formas populares y vulgares de religiosidad- de intenciones críticas, envueltas a veces por el humor y la ironía. En el primer Quijote pesaba todavía Ariosto con su Orlando y el espíritu y vida libre de Italia; en el segundo y en Persiles está más presente el Tasso y la actitud devota ante la sacrosanta Roma papal", en OROZCO DÍAZ, E., (1992): *Cervantes y la novela del Barroco. (Del Quijote de 1605 al Persiles)*, Universidad de Granada, Granada, pp. 254-255.

<sup>3</sup> CERVANTES, M. de, (2004): *Don Quijote de La Mancha*, Círculo de Lectores/ Galaxia Gutenberg, Barcelona, p. 1060.

<sup>4</sup> *Op. cit.*, p. 311.

<sup>5</sup> *Op. cit.*, pp. 311-312.

<sup>6</sup> *Op. cit.*, pp. 272-273.

<sup>7</sup> *Op. cit.*, p. 1119.

<sup>8</sup> *Op. cit.*, p. 699.

<sup>9</sup> *Op. cit.*, p. 710.

<sup>10</sup> CASTRO, A., (1973): *El pensamiento de Cervantes*, Noguer, Barcelona-Madrid, p. 355.

<sup>11</sup> CERVANTES, M. de, *Op. cit.*, p. 1163.

<sup>12</sup> *Op. cit.*, pp. 606-607.

<sup>13</sup> *Op. cit.*, p. 1087.

<sup>14</sup> *Op. cit.*, p. 627.

<sup>15</sup> *Op. cit.*, pp. 939-940.

<sup>16</sup> *Op. cit.*, p. 825.

<sup>17</sup>Concordamos con la posición de Enrique Ríos cuando sostiene que Cervantes asumió la tesis contrarreformista (igualmente apoyada por Erasmo) de que la voluntad prevalece sobre los supuestos imponderables que imponían algunas religiones protestantes. "Por el hecho de ser libre hay libertad en la elección y en el obrar y se consiguen los méritos o deméritos, porque lo que cada uno hace sólo le es imputable a él. De ahí, que la libertad constituya para el hombre un derecho indeclinable y sea la fuerza individual por la que se puede llegar a conseguir el ideal", en RÍOS VICENTE, E., (1988): *La ética en la obra de Cervantes*, Departamento de Ética y Sociología, Facultad de Filosofía y Ciencias de la Educación, Universidad Complutense de Madrid, Madrid, p. 748 [Colección Tesis Doctorales, nº 417/88].

<sup>18</sup> CERVANTES, M. de, *Op. cit.*, p. 826.

<sup>19</sup> *Op. cit.*, p. 1145.

<sup>20</sup> *Op. cit.*, p. 333.

<sup>21</sup> *Op. cit.*, p. 1174.

<sup>22</sup> *Op. cit.*, p. 399.

<sup>23</sup> CASTRO, A., *Op. cit.*, p. 347.

<sup>24</sup> CERVANTES, M. de, *Op. cit.*, p. 697.

<sup>25</sup> *Op. cit.*, p. 697.